

1.– UNOS SEPULCROS OLVIDADOS

El monasterio de Guadalupe fue el escenario elegido en la Navidad de 1576 para una entrevista al máximo nivel entre los dos grandes monarcas peninsulares: Felipe II y don Sebastián de Portugal –tío y sobrino– se reunieron unos días para hablar de problemas comunes y de proyectos futuros, en compañía de sus cortesanos de mayor confianza¹. De aquella entrevista se fraguó el proyecto portugués de organizar una campaña militar en el norte de África que acabaría en la tragedia de Alcazarquivir, dos años después. En uno de sus paseos por el claustro y las dependencias del santuario, los reyes se toparon con una extraña tumba que nadie supo identificar: se trataba de don Dinís II, rey de Portugal, que estaba sepultado en compañía de su mujer, cerca del camarín de la Virgen. Ese extraño nombre no figuraba en ninguna crónica de los reyes lusitanos ni tampoco en la galería de efigies del monasterio de Alcobaça. No había la más mínima referencia a un monarca que hubiese reinado con ese título. Lo más sorprendente es que los monjes tampoco supieron dar una respuesta convincente que aclarase la identidad de ese enigmático rey al que nadie supo situar en el tiempo. Felipe II y don Sebastián se habían topado, sin saberlo, con uno de los hijos de Pedro I de Portugal e Inés de Castro, un infante ilegítimo que se intituló rey de Portugal a fines del siglo XIV, cuando Enrique III de Castilla trató sin éxito de expulsar a João I de Avis del trono portugués. Su efímero reinado sólo fue reconocido por unos pocos y su memoria se fue desvaneciendo a lo largo del siglo XV; una de sus hijas, la infanta Beatriz, que vivió hasta el reinado de Enrique IV, trató de mantener vivo el recuerdo de su padre y la memoria del linaje levantando la capilla funeraria de

¹ José V. Corraliza, «El rey Don Sebastián de Portugal en Guadalupe, 1576», *Revista de Estudios Extremeños*, (1941), pp. 43-55. Antonio R. Rodríguez-Moñino, «Viaje a España del rey Don Sebastián. (La entrevista de Guadalupe)», *Revista de Estudios Extremeños*, (1947), pp. 3-75, y 279-360.

Guadalupe y el Hospital de Mater Dei en Tordesillas, donde se conservaba hasta hace poco su sepulcro, pero murió soltera y sin hijos en 1470. Desde aquel momento nadie se volvió a acordar más de ese rey portugués en el exilio.

La sepultura de este desconocido Dinís II no era la única de un pretendido rey de Portugal fuera de sus fronteras: si Felipe II y su sobrino se hubiesen reunido en el convento de San Esteban de Salamanca en vez de Guadalupe, se habrían encontrado con la del hermano mayor, el Infante don Juan de Portugal, que también había defendido la misma pretensión sucesoria durante el reinado de Juan I; y si en lugar de Salamanca se hubiese escogido la ciudad de Burgos, habrían tenido ocasión de ver con idéntica sorpresa la tumba de la hermana de los dos infantes anteriores, doña Beatriz, que escogió la catedral para enterrarse en compañía de su marido. En resumidas cuentas, todos los hijos de la mítica Inés de Castro estaban sepultados fuera de Portugal. Algo realmente difícil de entender, teniendo en cuenta que el mejor sepulcro del panteón real de Alcobaça era y es, precisamente, el de la propia Inés de Castro, que reposa enfrente de don Pedro I *el Justiciero*. Este contraste demuestra de forma muy visible la tremenda fractura dinástica que sufrió Portugal en 1383, cuando se vino abajo la sucesión de la Casa de Borgoña.

Pero el mejor ejemplo –también en piedra– de la magnitud de aquella crisis sucesoria está en el convento de Sancti Spiritus de la ciudad de Toro, en cuya iglesia se conserva la sepultura de la reina Beatriz de Portugal. Ella descendía por vía legítima del rey don Pedro el *Justiciero* al ser la única hija de Fernando I. De todos los enterramientos reales de los exiliados de la primera dinastía, éste es sin duda el más valioso desde todos los puntos de vista. El alabastro no tiene inscripciones y ha perdido buena parte de la policromía, pero destaca con claridad la condición regia de la difunta: la coronación por dos ángeles y el magnífico ropaje así lo demuestran. Los emblemas heráldicos de la parte inferior del basamento tenían dibujadas en el centro las quinas de Portugal, que vienen a ser tanto el emblema nacional de los portugueses como el de su realeza, y en los bordes externos se aprecia una bordura de castillos que circunda las quinas. Por si fuera poco, la misma señora con corona vuelve a aparecer en uno de los laterales vistiendo el hábito de monja dominica, en alusión a la etapa final de su vida que pasó recluida en el convento que desde entonces ha conservado su recuerdo y sus restos; la doble representación de la difunta hace pensar que la intención principal del escultor era mostrar de una manera muy visible los dos estados diferentes de su vida. La corona real en ambas yacentes no deja lugar a dudas: estamos ante una difunta que fue siempre reina, incluso en su condición clerical: una reina muerta, una dominica que era reina en el momento de morir.

La soberana que reposa en Sancti Spiritus no es una de tantas infantas o reinas que yacen envueltas en el olvido y rodeadas de turistas en verano. Fue la reina de Portugal y de Castilla y eso no es una nimiedad: en realidad fue la clave del complicado escenario político luso-castellano de los siglos XIV y XV. Pero a pesar de su gran relevancia histórica, nadie ha escrito aún una biografía completa que dé razón de su existencia. Pueden entreverse algunos destellos de su existencia a través de los entresijos biográficos de su padre, Fernando I de Portugal, o de su marido, Juan I de Castilla, dos reyes relativamente bien estudiados, pero es poco lo que se saca en limpio por esta vía. Su nombre no aparece en la lista oficial de los reyes portugueses, y bastantes cronologías pasan por alto el hecho innegable de que sucedió en 1383 a su padre. En la mayoría de las enciclopedias se afirma que hubo un interregno entre la muerte de don Fernando y la entronización de la casa de Avís en 1385, como si el trono lusitano hubiese estado vacante a lo largo de aquel trienio. Algunos autores se conforman con decir, simplemente, que fue la hija de Fernando I, que estuvo casada con Juan I de Castilla y que, precisamente por esto último, fue expulsada tras la batalla de Aljubarrota de 1385. Tampoco hay manera de localizar su nombre o su rostro entre las efigies de los reyes portugueses que se conservan en el monasterio de Alcobaça, al igual que sucede con sus tíos, los hijos de Inés de Castro. Beatriz fue y es, aún hoy día, un personaje intencionadamente borrado de la existencia. Con ella ocurre algo parecido a lo que le sucederá más tarde a Juana la *Beltraneja*, la hija de Enrique IV, una reina ausente en la Sala de los Reyes del Alcázar de Segovia. Con Beatriz y Juana se ha cumplido esa ley inexorable que tantas veces se ceba con los perdedores de las guerras civiles: que la victoria de sus enemigos rebasa con mucho los marcos temporales para acabar ganando esa otra batalla de la memoria histórica. Y hay que reconocer, guste o no, que Beatriz fue la última reina de la primera dinastía, la heredera de los derechos dinásticos de la estirpe fundada por Alfonso I Enríquez, el forjador de la independencia de Portugal en 1128.

Beatriz fue aclamada en 1373 como heredera de Portugal poco después de su nacimiento, y en 1376 fue nuevamente jurada por las Cortes de Portugal. Estuvo prometida en cinco ocasiones hasta que finalmente se casó en 1383 con Juan I de Castilla. Sin embargo, sólo dos años más tarde, en 1385, era odiada y maldecida por muchos de sus súbditos. Todo este rodeo no pretende otra cosa que destacar la cuestión crucial de su vida y, por lo tanto, el planteamiento principal de estas páginas: el paso de la legitimidad a la ilegitimidad, de la honra al oprobio más absoluto. Porque Beatriz fue una mujer desposeída de todo, de su corona y sus reinos, de la fama y el buen nombre. La tumba de Sancti Spiritus de Toro es el último homenaje que se tributó a una mujer que fue deshonorada en todo lo imaginable.

Beatriz nunca quiso aceptar a João I de Avís como rey de Portugal y él tampoco la quiso reconocer como reina después de 1383, a pesar de haberle prestado juramento junto con otros muchos nobles, clérigos y ciudades en las Cortes de Leiría de 1376 y en los acuerdos matrimoniales de 1383, cuando se celebró el enlace con Juan I de Castilla. Para el fundador de la segunda dinastía de Portugal, Beatriz fue tan sólo la hija de Leonor Téllez, nada más. Sin embargo ella permaneció fiel a su condición y siguió firmando los documentos de su cancellería como reina de Portugal hasta el fin de sus días, cuando la mayoría de sus contemporáneos que la habían conocido y apoyado ya se habían quedado en el camino. En este punto hay que reconocerle una contundencia inamovible que sólo se explica desde una conciencia firme acerca del valor que tiene la palabra legitimidad. Los portugueses que la conocieron, trataron e incluso siguieron hasta el exilio, la tuvieron siempre como reina y señora. Bajo su corona se agrupó una amplia y tupida red de leales portugueses, principalmente caballeros y clérigos, que pelearon con empeño por una causa que creyeron justa y por la que perdieron muchas cosas en su patria de origen. La reina perdió su reino, es cierto, pero conservó la fidelidad admirable de un puñado de súbditos capaces de afrontar las consecuencias de la lealtad hasta sus últimas consecuencias. El sepulcro de Sancti Spiritus viene a cubrir, de algún modo, el hueco que falta en Alcobaça, y debió de ser todo un símbolo para los exiliados que lo dejaron todo en su defensa.

Hace unos años la Junta de Castilla y León promovió la restauración de la sepultura, algo deteriorada por la humedad y los años. Durante los trabajos de limpieza fue abierto el sarcófago y en su interior aparecieron, revueltos y desordenados, los restos mortales de la reina: un recuerdo mudo del saqueo que sufrió la iglesia durante la revolución de 1868. Los ladrones buscarían probablemente joyas o, tal vez, la corona que veían esculpida en la yacente; nunca sabremos si encontraron algo interesante, aunque probablemente se llevaron una decepción. Una vez pasada la furia saqueadora, los huesos de la reina, que habían quedado esparcidos por el suelo de la iglesia, fueron devueltos a su sitio. También fue profanado el vecino sepulcro de doña Teresa Gil, la célebre amante de Sancho IV, pero sólo desapareció el calzado de la momia. Una vez concluido el sobresalto, las ilustres damas han seguido con su reposo secular.

Restaurar sepulcros medievales podrá ser una tarea más o menos laboriosa, pero por lo general es bastante breve. La restauración de la memoria histórica es, en cambio, harina de otro costal. Para Teresa Gil contamos al menos con la documentación conservada en el propio archivo del convento de Sancti Spiritus, pero el caso de Beatriz es bastante más problemático: a la escasez de datos portugueses –no olvide-

mos que es un personaje borrado de la memoria histórica oficial— se añade la parquedad de las fuentes castellanas. El rastro de la reina en el propio archivo del convento de Sancti Spiritus es prácticamente inexistente. Algunos fragmentos de su cancillería se conservan en Simancas, aunque son escasos y pertenecen a los años anteriores a la muerte de su marido. Otros retazos sueltos y dispersos se esconden entre los archivos municipales de las ciudades y villas que formaron parte de su patrimonio castellano —especialmente Cuéllar y Peñafiel— y también en los documentos de los monasterios que protegió y amparó durante el largo exilio. Mucho más visible es su huella en los archivos Vaticanos, porque a lo largo de su vida protegió a los clérigos clementistas portugueses que tuvieron que exiliarse por culpa de la victoria de los urbanistas que se agruparon en torno a la Casa de Avís. Pero es en Toro donde su tenue rastro se hace más perceptible, al ser la ciudad en que vivió sus últimos años de vida, cuando ya casi nadie se acordaba de su causa; en Toro se afincaron buena parte de los leales seguidores que no quisieron abandonarla. A pesar de las tremendas dificultades que encierra un estudio sobre esta reina, hay una evidencia que llama poderosamente la atención: Beatriz fue un símbolo de la legitimidad de la primera dinastía de Portugal en manos de la Casa de Trastámara, y por eso es preciso entender primero en qué consistió el problema dinástico y cuáles fueron sus hitos a lo largo del tiempo.

2. EL CONFLICTO POR LA LEGITIMIDAD DINÁSTICA

El triunfo de dos dinastías bastardas en Castilla y Portugal en 1369 y 1383 provocó un intenso debate sobre los fundamentos de la legitimidad a ambos lados de la frontera, porque se ventilaba algo tan importante como el ejercicio del poder y su transmisión hereditaria. El caudal más importante de información para entender aquel acalorado conflicto procede de los dos grandes cronistas de la época, Pedro López de Ayala, por parte castellana, y Fernão Lopes, por el lado portugués. Lo que cada uno de ellos transmite es, en realidad, la versión oficial que cada dinastía hizo de sus orígenes. En sus crónicas hay algo más que narración de hechos políticos: hay dos interpretaciones de un conflicto de naturaleza dinástica que condicionó el resto de las relaciones bilaterales. López de Ayala fue testigo ocular y protagonista directo de muchos acontecimientos que recoge en sus crónicas, mientras que Fernão Lopes describió unos sucesos que conocía por el testimonio de terceros, incluyendo el texto de su rival; pero en ambos casos la meta es muy parecida. Confrontando sus respec-

tivos testimonios, con una especial atención a los parecidos y diferencias, entendéremos mejor la secuencia de aquellos años de desencuentros insalvables.

De la mano de Pedro López de Ayala y Fernão Lopes, el personaje histórico de Beatriz de Portugal entra de lleno en el debate historiográfico del siglo XV entre dos dinastías rivales que sobrepasa con mucho los límites temporales del tiempo que le tocó vivir a la reina: su memoria y el significado de su causa reaparecerán en los momentos de máxima rivalidad, especialmente durante la Guerra de Sucesión que enfrenta desde 1474 a Isabel y Juana. Los Reyes Católicos no tuvieron dudas en intitularse reyes de Portugal durante los años de la guerra civil para contrarrestar la ofensiva de Alfonso V y su esposa Juana; algunos consejeros de su entorno resucitaron con toda intención la transmisión de los derechos sucesorios que les llegaba a través de Beatriz. Toda la argumentación histórica que justificaba ese título fue elaborada por algunos miembros de la escuela creada en tiempos de Juan II por Alonso de Cartagena, entre los que destaca con fuerza Diego Rodríguez de Almela. La genealogía, el derecho dinástico y el relato histórico se fundieron dentro de un proyecto político que dio como resultado la victoria de Isabel y Fernando en el terreno espinoso de la justificación dinástica. En ese empeño la verdad histórica fue sacrificada en aras de los intereses supremos de la dinastía; porque las referencias históricas a Beatriz de Portugal que hicieron algunos consejeros y cronistas de Isabel se parecen mucho a las que tiempo atrás habían hecho los de João I de Avís cuando tuvieron que justificar los cimientos doctrinales del nuevo régimen portugués nacido en las Cortes de Coimbra. La memoria de Beatriz de Portugal a fines del siglo XV fue acomodada al hilo de las conveniencias políticas y luego fue perdiendo fuerza a partir de la firma de los grandes tratados de paz de Alcaçobas y Tordesillas. Los matrimonios entre ambas familias reales sirvieron para enterrar definitivamente un debate dinástico que había consumido un siglo entero, hasta quedar completamente superado con el enlace entre el emperador Carlos V e Isabel de Portugal.

La reina Beatriz y su mundo bien merecen un estudio detenido. Una página importante de la historia de Portugal, y también de la corona de Castilla, se condensa en torno a su biografía. A su memoria se dedican estas páginas, aunque muchos interrogantes quedan sin respuesta. Sus decisiones, ideas y sentimientos constituyen un enigma difícil de descifrar y, a menos que se produzcan hallazgos espectaculares, lo seguirán siendo en el futuro. Casi todo lo que podemos llegar a saber sobre su vida nos llevará forzosamente a ese gran escenario que fue la política peninsular de los siglos XIV y XV. En cierto modo, ella es la gran protagonista que faltaba para dar sentido a la interminable querrela dinástica que se desarrolló durante un siglo entre los Avís y los Trastámara. Desconocíamos hasta ahora al personaje principal de la

representación, pero faltaba también una explicación cabal del hilo conductor de una trama que, a semejanza de las viejas representaciones del teatro clásico, tiene tres partes principales: planteamiento, nudo y desenlace.

3. LOS TIEMPOS DE LA QUERRELLA DINÁSTICA

El *planteamiento* nos llevará al período crítico que transcurre entre 1369 y 1383, es decir, a la época del derrumbamiento de las dinastías tradicionales en Castilla y Portugal. Beatriz nace en 1373, un momento especialmente violento, cuando su padre –Fernando I de Portugal– levantaba frente a Enrique II la enseña de la legitimidad. Ningún monarca llegó tan lejos como don Fernando en la defensa de la ortodoxia; Pedro IV el *Ceremonioso* de Aragón y Carlos II el *Malo* de Navarra se limitaron a protestar por el regicidio de Pedro I el *Cruel*, verdadero golpe de estado que hacía tambalear por todas partes el principio de la legitimidad, pero no pasaron a mayores; ambos acabaron por aceptar los hechos consumados. Fernando I, en cambio, apeló a la herencia familiar que le llegaba desde Sancho IV y se propuso ceñir una corona que por derecho le pertenecía. El duelo dinástico entre Fernando I y Enrique II demuestra al menos dos hechos importantes que interesa destacar: en primer lugar, que desde mediados del siglo XIV existía la conciencia clara de que los tronos de Portugal y Castilla estaban en manos de una dinastía capaz de sucederse mutuamente si se producía una vacante en cualquiera de los dos tronos; en segundo término, que había dos interpretaciones diferentes de la legitimidad: la sucesión hereditaria basada en principios dinásticos, frente a la sucesión nacida de la justificación del tiranicidio. Beatriz de Portugal, en tanto que única heredera de Fernando I, era la depositaria de los derechos dinásticos portugueses. Por eso, entre los proyectos de paz que se negociaban entre Castilla y Portugal a lo largo de 1373 y 1383, el matrimonio de Beatriz está siempre en el centro de cualquier propuesta, señal evidente de la superioridad moral de la corte portuguesa. Con los años cambian los actores pero no los principios de la rivalidad dinástica. A Enrique II le sucede Juan I, apodado en las fuentes portuguesas como *Juan Enríquez*, y la antorcha del legitimismo enarbolada por Fernando I pasa a los duques de Lancaster, pero el debate sobre la sucesión de Pedro I permanece en alto.

Los acontecimientos que se suceden entre la muerte de Fernando I y la de Juan I (1383-1390) son cruciales, tanto para la biografía de Beatriz como para su causa: forman el tejido del segundo acto, el *nudo* de ese drama que alcanza su momento culmi-

nante en 1385. Desde el punto de vista de la historia de Portugal asistimos a una verdadera *crisis nacional*, como dijo hace más de cuarenta años Salvador Dias Arnaut², por tres razones: primero, por la quiebra del principio de sucesión dinástica, muy semejante a la que sobrevino en Castilla en 1369; en segundo lugar, por la contienda civil que desencadenó la expulsión de la primera dinastía de Portugal –la Casa de Borgoña– y, finalmente, por el largo enfrentamiento con Castilla, que dejará una huella imborrable de recelos y desconfianzas. Para los Trastámaras castellanos la defensa de los derechos de Beatriz se convirtió en una lucha por unos principios que sólo unos años antes habían sido defendidos por Portugal. Hay un interesante cambio de papeles entre las dos familias reales: el legitimismo dinástico que los Avís arrojan por los suelos es ahora la bandera que Juan I enarbola con orgullo y coraje. En ese sacrificio expiatorio lava el pecado original de la dinastía Trastámara.

El tercer acto –el *desenlace*– no se cierra con una escena brillante, sino con un larguísimo compás de espera que transcurre entre 1390 –año en que Beatriz queda viuda– y el momento de su muerte, ocurrida antes de 1431, tal vez hacia 1420. Son décadas de progresivo olvido en el exilio castellano. De todas las etapas anteriores, ésta es sin duda la más oscura por culpa de la escasez de fuentes y el silencio de las crónicas. La causa del legitimismo permanece en pie entre muchos contemporáneos castellanos y portugueses que no desean olvidar el significado de una causa que siguen considerando justa. Para la corte de los Avís, el problema de Beatriz se convierte en la piedra de escándalo donde tropiezan una y otra vez todos los intentos de paz duradera. No será posible esa paz mientras permanezca con vida la reina. La paz definitiva de Medina del Campo-Almeirim de 1431-1432, el primer y auténtico tratado paz estable entre Portugal y Castilla después de Aljubarrota, se hará una realidad sólo cuando haya sido removido para siempre el obstáculo insalvable llamado Beatriz de Portugal y sus derechos sucesorios. De este modo, la historia de la querrela dinástica arroja bastante luz sobre el sentido del largo contencioso luso-castellano del siglo XV, en el que se mezclaron otras cuestiones importantes, como la expansión atlántica y africana, las secuelas del Cisma, o las relaciones nobiliarias a ambos lados de la frontera. Lo que en origen fue un problema dinástico acabó siendo un motivo más de enfrentamiento global con claros perfiles de definición nacional, donde los cronistas de cada bando moldearon explicaciones de signo opuesto acerca del valor histórico de la soberana.

² Salvador M. Dias Arnaut, *A crise nacional dos fins do século XIV. I. A Sucessão de D. Fernando*, Coimbra, 1960.

4. EL CAUCE JURÍDICO DEL DEBATE DINÁSTICO: LEGITIMIDAD Y BASTARDÍA

Teniendo en cuenta que el principal asunto a tratar en estas páginas es el problema de la legitimidad, conviene dedicar algo de atención a ciertos elementos esenciales que definieron los parámetros de la pugna dinástica. Las monarquías de la Península concibieron la transmisión del poder a partir del derecho sucesorio, no de la libre disposición arbitraria, y por tanto emplearon los cauces jurídicos para regular la sucesión al trono. En este punto coincidieron con los demás estados europeos, en su mayoría monárquicos. Salirse fuera de esos límites podía acarrear graves consecuencias, como por ejemplo, incurrir en el abuso de poder, en la nulidad de la transmisión hereditaria o incluso en la tiranía, un mal que podía desencadenar la pérdida del trono. La aplicación de estos principios jurídicos no era algo exclusivo de las realezas, sino que era compartida por la nobleza para regular la transmisión de bienes y derechos a sus descendientes; también lo era para los restantes grupos o estamentos no privilegiados. El derecho sucesorio basado en normas del derecho familiar y regulado a su vez por los códigos de derecho civil y canónico se constituyó, por tanto, en una de las referencias más importantes de las sociedades y familias reales medievales.

Había una plena sintonía entre los principios del derecho natural, el derecho canónico y el derecho positivo, porque todos ellos participaban de una misma valoración del matrimonio, entendido como unión indisoluble entre un hombre y una mujer mediante el libre consentimiento para amarse y tener hijos. Las predicaciones de la Iglesia recordaban la necesidad del enlace canónico porque era la plenitud de esa unión, ya que convertía el compromiso en algo más que una unión natural: el matrimonio, en tanto que vínculo sacramental, era un signo visible de la presencia de Cristo en el mundo y, de ese modo, Dios mismo hacía posible la transmisión del poder a través de los hijos legítimos. El derecho positivo de cada reino recogía y daba forma a ese contrato, del que se derivaban los derechos inalienables que los hijos recibían de sus padres: haber admitido la bastardía en plano de igualdad con la descendencia legítima hubiese supuesto, en este punto, socavar uno de los puntales más sólidos de la sociedad.

Las costumbres sucesorias también introdujeron otros elementos añadidos de obligado cumplimiento a efectos de procedimiento, como por ejemplo, la intervención de los súbditos en los momentos sucesorios: de este modo las Cortes, en tanto que instituciones representativas del país político, prestaban el juramento de reconocimiento al heredero de la corona y al rey que comenzaba a reinar o, a veces, dirimían

situaciones algo complicadas, como el régimen de minoría de edad. No es que las Cortes decidiesen a quién le correspondía reinar, cosa que nunca pudieron imponer, sino que reconocían al que iba a tener la responsabilidad de gobernar el reino dentro de un marco contractual de derechos y deberes mutuos. En Portugal y Castilla se estableció la obligatoriedad del juramento del nuevo soberano como paso previo al ejercicio de la soberanía³. Hubo algunos momentos de excepción en que las Cortes tomaron decisiones transcendentales en el terreno de la sucesión –y de hecho tendremos ocasión de ver algunos–, pero como norma general hay que decir que su papel se limitaba a los aspectos de procedimiento.

Las normas de sucesión al trono generaron diversas tradiciones que se aplicaron para resolver los conflictos prácticos que se daban en la realidad cotidiana, sobre todo cuando el trono quedaba vacante y se planteaban dudas sobre la preferencia de los diferentes candidatos con derechos sucesorios⁴. Si no se daban problemas, los criterios mayoritarios consideraban superior y preferible la línea de varón y, dentro de ella, al candidato de más edad, apto y sano. Si aparecían dudas y problemas, las soluciones arbitradas tenían una serie de rasgos comunes muy semejantes en todas partes. Se concedía preferencia a los descendientes del fundador de la dinastía a la que se asimilaba un reino, porque se admitía la estrecha relación histórica y jurídica de la estirpe fundadora con la misma supervivencia de ese reino. En segundo lugar –y como consecuencia lógica de lo anterior–, se buscaba un candidato entre las redes de parientes que procedían del fundador, tanto por vía masculina como femenina, teniendo preferencia al más cercano al más lejano, el varón a la mujer, el agnado al cognado, el de más edad al de menos edad, el emancipado al no emancipado, el sano al enfermo, el legítimo al ilegítimo, el pariente carnal al adoptado, y el natural al foráneo⁵. Lo problemático es que no había suficiente doctrina como para deslindar sin problemas el orden de prelación de todos estos criterios. Esta indefinición abrió las puertas al debate dinástico entre las distintas ramas de las familias reales, no sólo en Castilla y Portugal, sino en la práctica totalidad de los estados bajomedievales.

³ Armino de Sousa, *As Cortes Medievais Portuguesas (1385-1490)*, I, Porto, 1990, p. 258. Wladimir Piskorski, *Las Cortes de Castilla en el período de tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna*, reed. El Albir, Barcelona, 1977.

⁴ Véase el estudio preliminar de Antonio Pérez Martín a la edición del tratado de Vicente Arias de Balboa, *El derecho de sucesión en el Trono. La sucesión de Martín I el Humano (1410-1412)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1999.

⁵ *Ibid.*, p. xix.